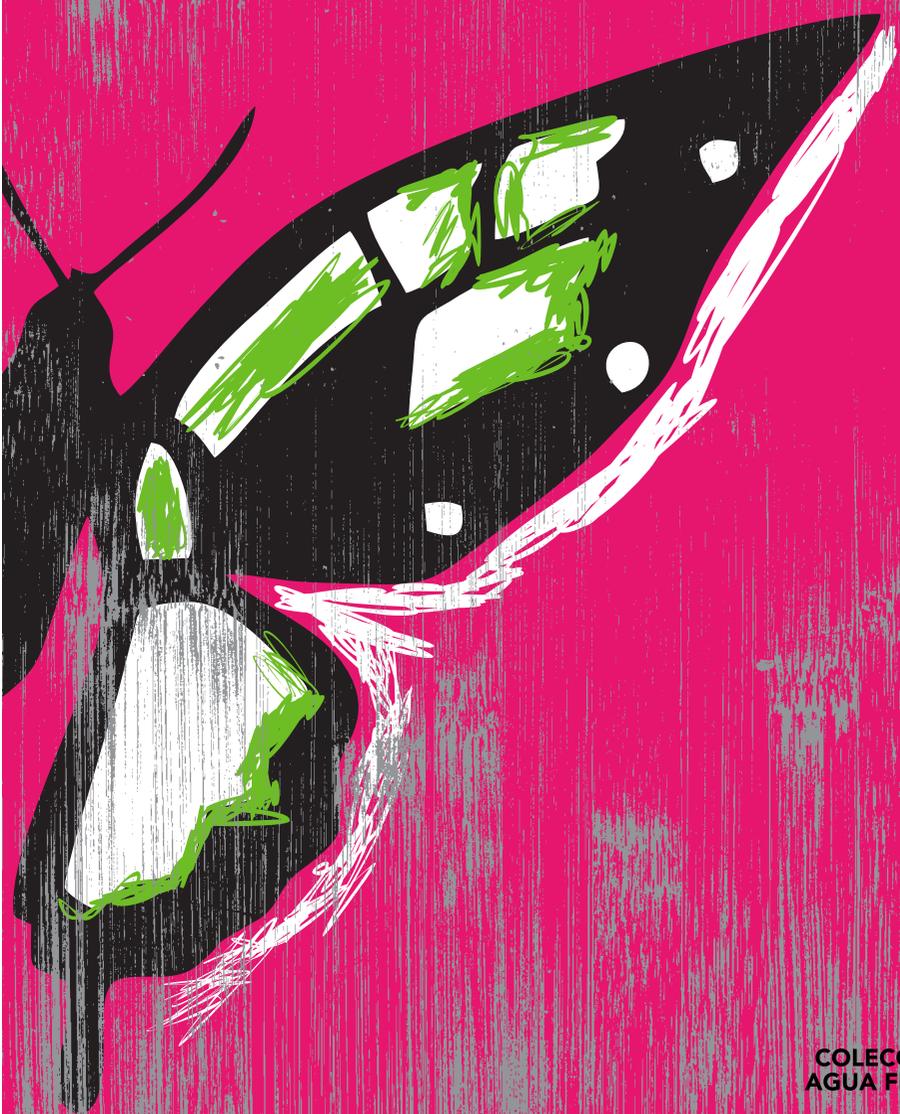


Mariposa negra

Alisma De León



Mariposa negra

COLECCIÓN 
AGUA FIRME

Mariposa negra

Alisma De León



Tamaulipas

GOBIERNO DEL ESTADO

Mariposa negra
© Alisma De León
Primera Edición 2014

ISBN: 978-607-8222-73-5

Gobierno del Estado de Tamaulipas

Ing. Egidio Torre Cantú
Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Mtra. Libertad García Cabrales
*Directora General del
Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes*

Derechos exclusivos de la presente edición
reservados para todo el mundo.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)
Calle Francisco I. Madero N° 225, Zona Centro
Ciudad Victoria, Tamaulipas (C.P. 87000)
Teléfono ITCA: (01-834) 1534312 Ext. 101
Teléfonos Dirección de Publicaciones: (01-834) 3181005 al 09

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, viñetas e iconografías, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin consentimiento por escrito del editor.

A mis hijos,
por los momentos infinitos, la música,
el futbol. Los abrazos.

A mis padres,
por el espacio, el viento constante y
porque el empeño y la pasión se heredan.

A C.P.V.,
porque, aunque parezca
difícil, todo sucede.

A Raquel, Cata, Brenda, Abby y Cielo,
por leer y releerme. Por no permitir que lo abandone.

Y a ti, que tienes este libro en las manos,
por acompañar el batir de alas de esta mariposa
y permitir que algo suceda en otra parte.
Ojalá.

Nacimiento
(*El huevo*)

La pequeña sabía que al llegar la medianoche, la luz de la lámpara, antes plana, se fragmentaría en miles de cuerpos blancos, diminutos. Entendía, también, que al caer la noche debía tener a la mano una sábana para salvaguardarse del golpe ciego de esas criaturas noctámbulas y esplendorosas, pero con cuencas en lugar de ojos.

Érase que se era

A las nueve tengo que estar lista. María me estira el cabello, recio, muy recio. Mis ojos se hacen chinitos y el chongo queda bien hecho.

—¿Ya estás? —grita mamá desde la puerta.

—¿Ya, María?

No espero su respuesta. Me levanto, agarro mi libro de cuentos y corro por las escaleras para no hacer esperar a mamá.

—¿A dónde vamos? —pregunto.

—A visitar a tu tío Enrique.

—Mejor vamos al cine.

—No, tengo que ver a tu tío.

Subo al carro y me hundo en el asiento. Abro el libro. Paso una hoja, dos, me salto todo el primer cuento. “Blancanieves” ya no me gusta mucho. La bruja que se mira al espejo, la manzana envenenada, el príncipe que llega a salvar a la princesa. Esa historia no me importa.

Me detengo en otro cuento.

Son tres cochinitos que hacen sus casas para protegerse del lobo. El primero es flojo y la hace de paja. El lobo, con sólo soplar, la podría destruir y se lo comería.

El segundo la hace de madera, pero no es fuerte. No lo suficiente. El tercero...

—Deja el libro, ya llegamos —ordena mamá.

Vuelvo la mirada al cuento; el tercer cochinito la hace resistente. Observo la casa de mis tíos: de ladrillos. Se parece un poco a la de ese cochinito, sólo que ésta tiene más cuartos; no sé cuántos, yo siempre estoy en uno.

En la historia, el lobo es peludo y se disfraza de viejita. El cuento se equivoca.

—Deja de leer y baja —vuelve a decir mamá—, cuando entremos podrás ir al cuarto y jugar con las muñecas que te compró tu tío.

Coloco el libro en el asiento pero mi mente sigue en el cuento. El lobo del libro tiene ojos oscuros. Pero no; el lobo tiene ojos claros y parece bueno. Cuando se acerca, huele a agua de colonia. El lobo da regalos. Y canta. *Twinkle, twinkle, little star, how I wonder what you are...* y se acerca, *up above the world so high, like a diamond in the sky.*

El cuento se equivoca.

Bajo del carro y camino detrás de mamá. Llegamos a la puerta, toca el timbre y me pego a su falda. Se escucha el sonido de la llave al girar.

Mamá no lo sabe, pero en esta casa resistente, cuando la puerta se abre, el lobo te come.

El muñeco de peluche

Si mi muñeco no estuviera tan, pero tan duro, hubiera terminado desde hace rato. Sólo falta que, al abrirlo, se le salga todo.

—Voooy.

Mamá quiere que baje a cenar. A este paso no voy a terminar nunca. La tijera ya se atoró de nuevo y no tengo mucho tiempo. Escuché a mamá cuando hablaba por teléfono en la tarde y papá vendrá a las diez. Pero no sé a las diez de qué. Busqué el celular de mamá para ver qué hora era, pero no lo encontré. Voy a ver en el reloj de la cocina cuando baje a cenar. Ay, la tijera ya se atoró de nuevo. Estoy seguro que es más fácil con las tijeras que usa mi mamá. No es que corten mejor, pero creo que el no tener la punta redonda debe ayudar en algo. Con lo bien que sirven mis tijeras con la plastilina, me queda derechita, derechita; no entiendo. Yo creí que cortaban cualquier cosa.

Bien que me acuerdo cuando mamá me leyó el paquete donde venían. Fue antes de entrar a la escuela. Ella estaba guardando todas las cosas que pedían en la lista que le dio la maestra. Estaban mis cuadernos nuevos, los

lápices, las plastilinas, los colores, el jabón para las manos y un montón de cosas más sobre la mesa. Incluyendo mis tijeras. Estaban nuevecitas en su paquetito. Le dije a mamá que me leyera lo que decían las letras del cartón y ella leyó: perfectas para el colegio y las manualidades. No supe qué era una manualidad y le pregunté. Mamá me contestó que eran todos los trabajos hechos con las manos. Y no entiendo. Porque la verdad es que estoy agarrando las tijeras con las manos y, por más que trato, no cortan nada.

Creo que mamá no supo muy bien lo que yo quería saber. O no me escuchó, o me escuchó, pero contestó lo primero que le pasó por la cabeza. Ay, mi mamá. La verdad es que mis tijeras no sirven con mi muñeco de peluche. Cuando baje a cenar, le voy a platicar lo que descubrí. No quiero que alguien le pregunte y le diga lo que a mí. Pobre, mamá. Desde hace rato no da una.

Todo se le olvida.

Lo bueno es que mi hermana y yo ya hablamos y nos acordamos de algunas cosas, así le ayudamos un poquito. Hay días que si no nos mete los libros de uno al otro, nos echa dos lonches o no nos echa nada. Lo del lonche no es problema. No me molesta comerme el de mi hermana aunque ella se quede sin comer. Lo de los libros a veces sí es difícil. Pero tampoco tanto, ya sabemos cómo hacerle. Sólo es cosa de buscarnos y ver si los tenemos.

Ya se atoraron las tijeras otra vez. Voy a ver si por el agujerito que tiene el muñeco en el cuello se puede. Está muy chiquito pero creo que la punta de la tijera sí entra. Me acuerdo que ese agujero se lo hice el día que mi mamá habló con nosotros. Ese día no entendí nada de lo que dijo, pero mi hermana me tomó la mano tan fuerte

que yo apreté igual de fuerte la de ella. En mi otra mano estaba mi muñeco y comencé a clavarle el dedo abajito de la cabeza. Al final, el muñeco terminó con el agujerito en el cuello y yo con la mano bien roja.

—La cena se va a enfriar —gritó mamá.

—Voy, voy.

Creo que ya no voy a terminar. Si no bajo, mi mamá va a subir. Las tijeras ya entraron pero, por más que trato, no cortan nada. Ni modo, ya no voy a poder partirlo por la mitad. Voy a tener que pensar en otra forma de decirle a mi muñeco, pero no estoy seguro de que me vaya a entender.

Y siento feo. Sé que mi muñeco escucha cuando me dicen que tengo dos casas y seguro quiere saber cómo es que aunque casi siempre me vea aquí, digo que estoy en las dos.

Ataque

Sus pequeños pies bajaron de dos en dos los escalones. En su mente sólo existía un objetivo. Midió el terreno y decidió que contaba con algunos minutos antes de ser descubierto.

Al encontrarse frente a la enorme caja blanca, estudió la estrategia. Observó dos bancos. De inmediato, colocó el pie derecho en uno de ellos. Se sujetó con tal decisión del respaldo que los dedos se le tornaron rojizos. Dirigió la mirada hacia la escalera: nadie.

Con agilidad subió el otro pie al banco y dio un salto para caer sobre la barra. A punto estuvo de perder el equilibrio pero logró balancearse.

Sonrió, la primera parte había resultado exitosa y estaba a centímetros de lograrlo. Calculó la distancia que lo separaba del suelo. Un solo paso en falso significaba sangre. Lanzó una última mirada a su alrededor y no detectó testigo alguno.

Agitó la cabeza y concentró su mirada en el elefante blanco. Recargó una mano en él y con la otra, lo abrió con sigilo.

El aire helado azotó sus mejillas y sonrió de nuevo. Ubicó a sus víctimas. Su fragilidad lo invitaba a tomarlos, a despedazarlos, a estrellarlos. Dudó un instante pero sucumbió al temblor de sus manos. Tomó uno y lo dejó caer. Después otro y otro. Hasta que acabó con los doce enemigos.

Triunfante, los observó aniquilados.

Bajó de la barra y se inclinó para acariciar la mezcla de fragmentos de cáscara y viscosidad amarilla. Con rapidez se limpió las manos en la ropa. Sin poder apartar la mirada de su obra, empezó a retroceder. Unos cuantos pasos le bastaron para llegar a la escalera. Ahí, dio vuelta para subir vertiginosamente hasta su refugio.

Al llegar, se escondió entre las colchas y cerró los ojos; justo antes de escuchar una voz exclamar:

—¿Quién rompió todos los huevos?!

Distracción

Cuentan de una estrella que vivía de día y dormía de noche.
Tan de noche dormía que desconocía lo que no iluminaba.
Tan de día, que la noche no era de ella amiga.
Tan de día, tan de ella, tan de noche.
Y por siempre, tan dormida.

Alicia y el piano

Edad: 6 años. Soy alta. Mucho. Una especie de Alicia en El País de las Maravillas justo después de comerse el pastel del famoso letrero. El cuarto en el que estoy tiene las paredes cubiertas con tapiz blanco y estrellitas amarillas. Tengo puesto un vestido circular, a la rodilla, cinturón ancho y mangas amponas. Casi como el de Alicia, pero sin delantal. Estoy sentada sobre mis pantorrillas en el centro de la habitación. El tapete me raspa. Si me observaran de espalda, se darían cuenta que tengo puestas unas zapatillas negras. Frente a mí está un piano de cola. Soy tan alta que el piano me parece una simple, y atrayente, cajita de música. Acercó la mano derecha y dos de mis dedos abren la tapa superior. Dentro de la caja de resonancia se encuentra una diminuta muñeca. Levanto el piano y lo sostengo entre mis manos para buscar por dónde darle cuerda. Quiero ver a la muñeca dar vueltas, pero no encuentro cómo hacerla funcionar. Coloco el piano en el suelo. Me acuesto sobre mi vientre para verlo de cerca. La muñeca lleva un vestido rosa. Me doy por vencida. Creo que ya no la veré bailar. Permanezco ahí un rato más. Cuando me dispongo a irme, el lugar se

llena con una suave música que proviene del piano. El cuarto se oscurece. Un rayo de luz artificial entra por una ventana que no había visto. Se ilumina el piano y con él, la muñeca. Ella empieza a girar. Vueltas, vueltas, vueltas. Cada vez más rápido. La canción termina y al instante vuelve a comenzar. En un cambio de compás, la muñeca se detiene. Su rostro me queda de frente, veo por primera vez sus ojos verdes.

Verdes, como los míos.

La habitación se oscurece por completo y yo también empiezo a girar.

Muda de luz
(*La oruga*)

Al cumplir la niña cinco años, habían transcurrido dos desde que cuidaba de las criaturas que habitaban debajo de su cama. Las alimentaba de historias. Sabía que algunas tenían inclinación por la fantasía y otras, por el realismo. Al término de cada libro, las criaturas enfrentaban un periodo refractario en el que mudaban de luz. Tres días les tomaba dicho proceso y durante ese tiempo, la habitación de la pequeña se llenaba de oscuridad. A la cuarta noche, un aro de luz se formaba alrededor de la cama de la niña avisando que el tiempo necesario había transcurrido y ahora sus huéspedes brillarían con mayor intensidad.

Ventarrón

El día en que el Ave Fénix se convirtió en cenizas hizo tanto viento que le fue imposible resurgir.

Encuentro

- ¿Quién eres?
- ¿Quién te parece?
- ¿La muerte?
- ¿Lo crees?
- ¿Vienes por mí?
- ¿Me esperas?
- ¿Te interesa?
- ¿Lo quisieras?
- ¿Importaría?
- ¿Tú qué piensas?
- ¿Tengo opción?
- ¿Qué ofreces?
- ¿Qué tengo?
- ¿Entregarías a quien amas por tu vida?
- ¿Estás loca?
- ¿Nos vamos?

Suicidio

La mujer le pagó a una pandilla para que le prendieran fuego al museo. Estaba harta de sonreír, enigmática, a tanto turista.

El arte de la transformación

Un soldado de la raza de los Uros se arrastraba por el desierto de Duzog. Hacía ya treinta lunas que caminaba, justo desde el final de la batalla de su gente contra los Argos. Su mente, cansada, trataba de descifrar la manera de vengarse de Alten, el jefe de los Argos. Alten poseía el tamaño de las montañas y la fuerza de las rocas, pero no era ágil. El soldado sabía que debía aprovechar esa debilidad para redimir a su pueblo, pero desconocía la manera.

En su búsqueda, llegó hasta los límites de su tierra. Se sentó bajo la sombra de una montaña y se quedó dormido. Al abrir los ojos, la montaña que lo resguardaba había desaparecido y, en su lugar, se encontraba un dragón.

—¿Qué te trae a mis tierras, noble soldado?

El soldado le narró el enfrentamiento de los Uros y los Argos. La manera que Alten y los Argos habían llegado de noche a su pueblo. Le dijo que sin piedad destrozaron villas, mataron niños y mujeres, y se llevaron a los Uros como prisioneros. Al revivir la historia, el soldado enfureció y quiso partir a vengarse.

—Espera un poco —dijo el dragón—, debes prepararte y sé de algo que puede servirte.

Al llenarse la tierra de los primeros destellos del alba, salieron hacia el bosque. Durante el camino, el dragón le contó que conocía los secretos del arte de la transformación. El soldado lo escuchó con atención y un dejo de incredulidad.

El sol surgió a medida que avanzaban y cuando el soldado creía que sería incapaz de dar un paso más, el dragón se detuvo.

Se encontraban en medio de un claro. Un lugar amplio en el que sólo los acompañaba el crujir de las hojas de los árboles al platicar con el viento.

—Quédate aquí —ordenó el dragón.

El soldado lo miró alejarse.

—¿Qué debo hacer para transformarme? —le gritó.

—Tienes que ver al viento.

—¿Cómo pretendes que vea el viento? —preguntó el soldado—. A lo mucho puedo sentirlo.

El dragón ignoró la pregunta e indicó: concéntrate y cuando lo veas venir, pide que cambie tu forma. El soldado hizo un esfuerzo por hacer lo que le había dicho, pero al sentir el viento y pedir su deseo, nada pasó. Durante las veces que lo intentó, el dragón permaneció quieto, observando.

—Una vez más —se repetía el soldado cada que escuchaba al viento aproximarse. Siguió esforzándose hasta que llegó el momento en que dejó caer, con violencia, los brazos.

—Tienes que dejar de sentir el viento —lo reprendió el dragón—. Debes verlo y, para hacerlo, debes limpiar

tu alma. Recobrar el tiempo en que sabías que todo era posible.

—El tiempo en el que todo era posible —murmuró el soldado.

Empezó a repetir la frase una y otra vez, intentando que las palabras penetraran en su cabeza y cobraran, por sí mismas, el sentido que él no lograba darles.

Inhaló profundo y su mente, obedeciendo la reiterada petición, lo llevó a días de sueños permitidos e inocencia absoluta. Lo transportó a su infancia.

Una ráfaga de aire azotó su cara y lo obligó a cerrar los ojos. Al abrirlos, el viento convertido en diminutos cristales se presentó ante él. Los destellos bailaban a su alrededor, hechizándolo. De pronto, el brillo del sol obligó al soldado a desviar su mirada hacia el resplandor de una afilada espada que venía a su encuentro. Sus sentidos se agudizaron, su piel respondió erizándose y en el instante en que la espada estaba a punto de atravesarlo, se convirtió en agua.

El dragón hundió la espada en la tierra y sonrió satisfecho. El soldado, ahora convertido en agua, se transformó en paloma y se elevó para seguir la brisa de su venganza.

Desconfianza

Él no podía confiar en una vida que lo único seguro que ofrecía era la muerte.

Entre sueños

¿Sabes? Anoche soñé contigo. Soñé que caminábamos tomados de la mano por un parque muy parecido a éste. Estaba el perro ése, el de orejas cansadas, ¿te acuerdas? El que venía y jugaba a tu lado. Bueno, con ése soñé. Pero déjame continuar. Estábamos los dos recargados en un árbol muy grande, como el que está cerca de tu casa. Sí, sí, el que tapa tu ventana, ése. Bueno, pues ahí estábamos. Yo, hablaba y hablaba. Sí, bien raro, ¿verdad? Bueno, pues el caso es que no me callaba hasta que me daba cuenta que no habías abierto la boca. No tan raro, ¿verdad? Pues sí. Cuando me di cuenta que no hablabas, volteé a verte y sólo me mirabas. Tus ojos, medio cerrados, eran de un café tan claro que hasta los brazos se me derretían. Sí, sí, se me derretían y no te rías. Bueno, déjame seguir. Tú levantabas la mano y rozabas mi cachete. Después, y aquí no vuelvas a reírte, ¿eh? Después, despacito, despacito, acercabas mi cara a la tuya, te me quedabas viendo y me plantabas un beso. ¡Hey!, te dije que no te rieras. ¿Que qué pasó después? Pues nada, sólo que fue el beso más maravilloso que me han dado. ¿Que qué tenía de maravilloso? Pues cómo

voy a saberlo. No lo sé, pero cuando me lo dabas, me puse chinita. La piel, no seas tonto, no te digo, por eso no me gusta contarte nada, ya no vas a saber el final. No, no, ya no te lo voy a contar. Bueno, bueno, te cuento; después del beso, me veías por mucho rato, sin decirme nada y yo de la impresión, me quedaba sin palabras. Sí, yo, sin palabras, chistoso. Y bueno eso fue todo. ¿Qué hacíamos después? Pues nada, sólo me abrazabas y así nos quedábamos hasta la noche. Sí, sí, ya sé que es tarde. Está bien. Mañana hablamos, ¿sí? Yo también me voy a dormir. Adiós... Oye... no, nada, bueno sí, ¿crees que algún día vuelva a verte, digo, aparte de en mis sueños? Claro, claro, sé que estás lejos y por ahora no puedes, sólo preguntaba. Sí, sé que me extrañas, yo también y sí, pues algún día.

Bueno, ya tengo que colgar, la enfermera no me quita la vista de encima. Ya me dio mi pastilla. Sí, ésa que hace que sienta cosquillas por toda la cara y me despierte hasta que el sol me da de frente. Pues dicen que ya estoy mejor y que ya no volverán a visitarme mis amigos. Sí, ésos, los que te conté y que dicen que sólo yo veo. ¿Sabes? Ellos también me hablan como tú. Bueno, sí, ahora sí ya hay que colgar. Sí, adiós. Oye, te extraño.

—Ana, dame la bocina.

—No, sólo quiero decirle otra cosa más...

—Ana, suelta la bocina, por favor. Dámela. ¿Ves? No hay nadie en la línea. Este teléfono tiene mucho tiempo sin funcionar.

Inicios

La noche se inventó para crearle sombra a las palabras que se escriben a la luz de las velas.

Paso doble

—Metatarso, tacón, metatarso, tacón... —escucha decir y acelera.

Acelera es un decir, en todo caso, nos ordena apresurarnos. Y lo hacemos, aunque desearíamos detenernos y girar sobre nosotros mismos.

Dentro, el estudio retumba con el repiqueteo de unas castañuelas que bailan al compás de la guitarra. Tal sonido nos recuerda que entre sevillanas, pasos dobles y bulerías nos hemos deformado. Primero fueron pequeñas ampollas, ahora es cosa común tener sangre en cada uno de los dedos.

—Metatarso, tacón, metatarso, tacón...

Al atravesar el lugar, nuestras casi inexistentes uñas se lamentan.

Hacemos una pausa. Las piernas se doblan para acomodarse en el brillante parqué y respiramos por un segundo. Sentimos sus manos al frotarnos. Ella duda un momento pero su disciplina es mayor que nuestra súplica.

Toma una tirita. Sabemos que no será de gran ayuda pero de todas formas la coloca alrededor de nuestro lastimado dedo meñique. Se levanta. Dobla el empeine. Nos

dolemos. Ni siquiera la tiritita es capaz de amortiguar la presión que ejercen los zapatos de ante en nuestras heridas.

Una vez que termina sus estiramientos, nos movemos con rapidez para que tome su sitio frente al espejo. Ella se dobla y ajusta la banda elástica del zapato a nuestro empeine. Su empeine.

Estamos listos para bailar.

Terapia de pareja

Siempre nos faltó comunicación, pensó Julieta al ver
a Romeo yacer a sus pies.

Golpe bajo

Decidió que hoy su aroma no lo desviaría del camino.

Caminó resuelto y, sin avisarle, ese olor a sal le pegó en la determinación. Se imaginó llegando a donde ella estaba. Sus manos palpitaron al recordar la suavidad de sus bordes. Así era, deliciosa y persuasiva. Lo incitaba a no llegar a su destino y casi siempre lo conseguía.

—Hoy será diferente —pensó.

La luz del atardecer se fundía formando una curva perfecta en el cielo enrojecido. Sus sentidos se enfocaron en ese paisaje para ignorar esa necesidad que iba trepando por sus entrañas hasta explotarle en el cerebro. Consiguió avanzar dos kilómetros, pero al tercero, su marcha se detuvo. Giró.

No pudo resistirse más.

Al pasar junto a un señalamiento de peligro, meneó la cabeza. Siguió su marcha. Abatido, cruzó la puerta del lugar en el que sabía la encontraría. Se aproximó a la barra y tímidamente preguntó:

—Doña Chole, ¿no me da una de harina?

Insoportable

Dicen que la oruga perdió el piso cuando se convirtió en mariposa.

Mi cereal preferido

No soy fan del cereal. Si una se tarda mucho en comerlo, empieza a adquirir la consistencia del engrudo. Tengo hambre y en la alacena no hay más que Lucky Charms. No me hace feliz, pero es eso o no cenar nada. Me sirvo un poco. En la tele están pasando la noticia de un cantante que se acaba de morir. Un cantante que en realidad era un actor pero que salía en una serie televisiva en la que todos cantan. Tenía unos cuantos años más que yo. Dicen que murió por consumir heroína. Qué tontería eso de entrarle a la droga. Revuelvo mi cereal un poco. En la tele el chavo se llamaba Finn, no recuerdo cuál era su nombre en la vida real. Pero sí que era el que más me gustaba. Se parecía a Abdiel. El que fue mi primer novio. Él tenía veinte años y yo dieciséis. Ahora tengo veintinueve. Su familia vivía en Tampico. Venía a verme a Matamoros cada que podía porque decía que o pagaba el pasaje o salíamos. Primero me visitaba cada dos fines, después esos dos se volvieron tres. Se lo dije e hizo un esfuerzo por venir cada siete días.

Después de que cumplimos un año de novios, las visitas comenzaron a espaciarse de nuevo. Llegaron a

pasar cuatro semanas sin que viniera a verme, pero me hablaba a diario y eso bastaba para que yo no lo resintiera tanto. Me acuerdo que en ese tiempo me encantaba el cereal, en especial las Zucaritas. Me gustaban a pesar de que se aguadaban a los diez minutos.

Abdiel me dijo alguna vez que el cereal que él comía duraba crujiente un montón. Me dijo la marca, pero no se me grabó. Uno de esos fines en que no nos íbamos a poder ver, le marqué para preguntársela y contestó su mamá. Abdiel no estaba, pero platiqué con ella bastante rato. Colgué muy contenta de al fin conocer a alguien de su familia. Creí que eso representaba un avance en nuestra relación. Su mamá me había preguntado cómo me iba en la escuela. Sabía de mi familia y de todo lo que me gustaba. Dijo que su hijo no se cansaba de hablarle de mí.

Con el nombre del cereal anotado en un post-it verde, salí a la tienda. Mi mamá aprovechó el viaje y me encargó que le comprara dos tubos de pasta de dientes. Ya en el súper, me fui primero a la farmacia. Al dar la vuelta en el pasillo donde está el champú, escuché una risa. Levanté la cara y vi a Abdiel acompañando a una chava. La tenía muy abrazada. En lugar de hablarle, di la vuelta y me escondí en el pasillo de las medicinas. Me recargué en el estante y tumbé unas aspirinas con mi espalda. Corrí hacia la salida. Casi choqué con una isla de pastas dentales que estaba justo antes de la salida. Tomé dos, caminé rápido a la caja y las pagué. Agarré la bolsa de plástico que me dio el empacador y en el intercambio, se me quedó el post-it pegado en su mano. “Oye”, me gritó cuando me iba. No voltéé. Salí con prisa y me subí al coche. Ya no me acordé de las Zucaritas. Por la noche

llamó Abdiel pero le pedí a mamá que le dijera que había salido. Marcó a casa diariamente durante tres semanas.

Noto que los Lucky Charms ya se apelmazaron. Me levanto a vaciar el tazón en el bote de la basura. Todavía tengo hambre. En las noticias ya no está lo de la muerte del chavo de la tele. Con Abdiel no volví a hablar nunca. Ayer me avisaron que una sobredosis de cocaína lo mató.

Despertares

El príncipe, cuando iba a besarla, desvió su beso hacia la mejilla. La dejó dormir para que siempre existiera una posibilidad.

La mejor parte del día

Salir tarde no era lo peor. Lo peor era que justo el día en que a Dulce se le ocurría quedarse para adelantar unos oficios, su jefe, que creía que todos eran un puñado de desocupados, también lo hiciera.

Antes de poder avanzar, ya le había caído trabajo extra sobre el escritorio. Pasaron dos horas y el montón de contratos por revisar no disminuía. Su jefe, por supuesto, tenía varias horas de haberse ido. Al terminar el último de los pendientes, Dulce apiló lo que le acababan de asignar a un lado del teléfono. Lo realizaría por la mañana. Total, el trabajo no se acababa y si los terminaba esa tarde, su jefe seguro se las arreglaba para llenarle el escritorio a primera hora de la mañana.

En la oficina sólo quedaba una muchacha que recién habían contratado. Lo única que aún creía que de algo le serviría esforzarse. Y en general, Dulce también creía en las ventajas del tesón pero, después de dos años de papeleo en esa oficina de seguros, entendía que hasta la tenacidad debía racionalizarse.

Cerró los cajones, dijo adiós a su compañera y salió de la oficina.

Fue directo a una tienda de conveniencia. Compró un paquete de panqués, un jugo de naranja y el periódico. Abrió la sección de “Clasificados”. Buscó entre todos los anuncios alguno que solicitara especialistas en fianzas. Encontró uno; Dulce cumplía con los tres años de experiencia, pero querían recién egresados. Le pareció ridículo que buscaran un recién graduado ya experimentado. Seguro la paga era mínima.

Esperaba que su suerte cambiara al día siguiente.

Se detuvo en la esquina para ver si llegaba la pesera. Hizo cuentas. Debían faltar unos quince minutos para que pasara. Sacó un trozo de panqué del paquete y se sentó en una banca con el periódico abierto. Leyó: “Se aleja México de la paz”, “Salvan la vida a ocho ilegales en Nuevo Laredo”, “Es encontrada otra víctima de las vías del tren. Utilizan arma blanca para perpetrar el crimen”.

Dobló el periódico. De la pesera, ni sus luces. A su lado esperaban una madre y su hijo. Agradeció no tener que aguardar sola. Después llegaron un hombre, una familia con niños y una muchacha joven. Cuando los más pequeños comenzaron a inquietarse, ya no estuvo muy segura de preferir esperar rodeada de gente.

Al fin, comenzaron a pasar. Se detuvieron tres, pero ninguna era de ella.

—Parece que ya no vienen más —dijo una voz a su espalda.

Indecisa, volteó para encontrarse con un hombre de cara ovalada, pómulos hundidos y ceja escasa. Le calculó alrededor de cuarenta años.

—Creo que todavía falta que pase una —contestó Dulce.

—¿Vives aquí cerca?

—Más o menos.

El hombre parecía amigable. Le contó que hacía poco había llegado a la ciudad. La empresa para la que trabajaba en San Luis le había ofrecido liquidación o transferencia. Vivía solo y esperaba que un amigo suyo, al que también habían transferido, llegara pronto. De verdad necesitaba dividir el tremendo costo del alquiler con alguien.

Ella lo escuchaba sin perder de vista la calle. Un par de luces se aproximaron. Era la última pesera. Ni siquiera le hizo la parada venía llena. Dulce desdobló el suéter que traía en el brazo y se acomodó el bolso.

—La mía tampoco viene —comentó el hombre.

—Ni hablar. Me voy. Buenas noches.

Empezó a caminar. El hombre avanzó también. La seguía a muy poca distancia.

—¿Lleva este rumbo? —le preguntó, resignada a tener un acompañante.

—Sí. No te importa, ¿verdad?

—La calle es de todos.

Caminaban al unísono. La luna, antes radiante, menguó un poco. Platicaron del día. Ella comenzó a desahogarse. Le habló del antipático de su jefe, de lo poco que le pagaban, lo temprano que se levantaba y lo sola que se sentía. Él la miraba, sin interrumpir. La escuchaba con tal atención que Dulce se puso nerviosa. Dejó de hablar y vio que él se detenía. Ella levantó la mano para despedirse.

Pronto escuchó unos pasos detrás. De reojo alcanzó a ver al hombre avanzar muy de cerca. No tardó en calcular la distancia exacta entre ella y el pecho masculino. Sujetó el asa de su bolsa, deslizó la mano hasta llegar al

cierre. Lo abrió. Levantó la cara y con una sonrisa que disimulaba su ansiedad, le dijo:

—El día fue malo, pero, ¿no cree que siempre puede ser peor?

Se detuvieron frente a las vías. Un tren pasaba en ese momento. La luna destelló sobre el filo de un cuchillo. El hombre giró para contestar pero antes de poder hacerlo, la navaja y el sonido del último vagón del tren ahogaron su voz.

Metamorfosis
(*Crisálida*)

Debajo de la cama de la pequeña, todo era una revolución de luz. Esas criaturas que cuidaba eran ahora esferas grandes cuya luminosidad lastimaba la retina e impedía a la pequeña levantar el faldón de la cama para espiarlas. Pasaron los años, la pequeña cambió a mujer, le nacieron fantasías y le creció la indiferencia. Veinticinco años tenía cuando abandonó su casa. Veintidós años tenían las criaturas cuando la serie de periodos refractarios llegó a su fin.

Dualidad

Entre el trabajo y los preparativos de la boda, Gabriela terminó agotada. Lo único que pudo hacer al llegar a su departamento fue aventarse, aún vestida, a la cama. Al segundo se quedó dormida.

La alarma del despertador sonó casi de inmediato. O al menos así le pareció. Cinco minutitos más, decidió, pero al querer mover el brazo, éste no le respondió. Intentó con la pierna: nada. De nuevo el brazo, la mano, la cara: nada.

Se frotó los ojos y sintió unos dedos muy pequeños sobre sus párpados. Las manos se alejaron de su cara y Gabriela las observó. Palmas, dorso, dedos, uñas, todo era muy pequeño.

En el cuarto, en lugar de jarrones con flores, había pelotas; donde debía estar una ventana, estaba un clóset; la pintura, aunque blanca, ahora estaba atravesada por gruesas franjas azules.

Giró sobre sí misma y ese cuerpo tan suyo y tan ajeno, se levantó sin prisas. Se deslizó a través de la habitación. Antes de llegar a la puerta, ésta se abrió y alguien entró.

—¿Todavía no te vistes? Date prisa que vamos a llegar tarde.

El timbre de la voz le resultó familiar. Gabriela quiso levantar la cara. No pudo. En lugar de eso, su mirada se perdió en la alfombra.

—Anda, vamos —apresuró de nuevo la voz.

Esta vez, Gabriela pudo alzar un poco la cara. Deseaba reconocer quien hablaba, pero sus ojos quedaron fijos en las manos de uñas pintadas de la mujer que se encontraba frente a ella.

—No quiero ir a la escuela —se quejó otra voz. Sorprendida, se dio cuenta que esa aguda vocecita de niño salía de su boca.

—Nada: a vestirse —y le dio un empujón en la espalda.

La mujer pasó dejando el rastro dulce de su perfume. Gabriela quiso reconocer el aroma. La mujer se dirigió hacia el clóset. Sacó un pantalón y una camisa. Los puso sobre la cama. Caminó hacia el buró y de un cajón tomó un par de calcetines. Gabriela, con la vista en el suelo, alcanzó a ver un par de tenis descansando debajo de la cama. Su mirada subió hasta caer sobre la camisa que acababa de sacar la mujer.

—Esa camisa no: quiero la de Spiderman —suplicó la voz del niño.

—No, jovencito, a la escuela no puedes llevar la de Spiderman, bien lo sabes. Tienes que ponerte el uniforme.

—Pero, mamá, no quiero...

—¿Pero no entiendes? Te estoy diciendo que tienes que ponerte el uniforme, no te estoy preguntando si quieres ponértelo.

Gabriela sintió los ojos del pequeño humedecerse y sólo atinó a suplicarle que no llorara.

—Mamá, es que no puedo ponérmelo.

—¡Claro que puedes! Ya tienes seis años, por el amor de Dios. Te lo pones y ya. Cuando termines, bajas a desayunar.

La mujer le dio la espalda y salió dejando sus órdenes detrás.

El pequeño sollozaba. Gabriela advirtió su brazo al levantarse, las manos al frotarse torpemente las mejillas. Y sintió su carita seca.

Se enderezó y tomó la camisa.

—Yo puedo solito.

La angustia del niño era más grande que su cuerpo. Gabriela quería hablarle, pero sus pensamientos no se cruzaban con los de él. Quería abrazarlo, pero sus brazos eran los suyos y no la obedecían.

Sólo podía observar.

La camisa rehuyó los brazos en repetidas ocasiones, mismas en las que él estuvo a punto de aventarse sobre la cama a llorar. Gabriela aborreció a la madre.

—Yo puedo solito —repitió el niño.

Extendió la camisa, encontró la manga y metió el brazo derecho. Hizo lo mismo con el izquierdo. Peleó con el pantalón, las calcetas, los tenis y el cinto. Después de un rato, salió del cuarto con el pantalón mal abrochado, la camisa salida y una sonrisa en la cara.

—¿Pues qué tanto haces? —gritó de nuevo la mujer. El estómago de Gabriela le subió a la garganta.

La sonrisa del niño se extinguió. Se agachó para levantar algo. Gabriela sintió el peso de la mochila en su cuerpo. Él corrió escaleras abajo.

—Mira nada más cómo vienes. Hazte para acá —y casi lo tira del jalón que le dio—. No es posible que ni esto sepas hacer bien.

Y explotó en una letanía: es que aquí nadie hace nada. No importa si estoy cansada o no, todos necesitan que los atienda y que los atienda bien. Tu papá cree que sólo estoy para servirle, que nada más para eso sirvo. Les importo para puritita fregada.

Y casi se pone a llorar.

—¿Por qué dices eso? —dijo en voz muy baja el niño. Su madre no lo escuchó.

El pequeño quiso consolar a su madre pero no se atrevía ni a tocarla. Sólo atinó a extender la mano para acariciarla, pero ella giró en ese momento y los dedos resbalaron.

—¿Y tu lonchera?

—Aquí está —murmuró el niño mientras se volvía para alcanzar algo—, aquí estaba.

—Aquí estaba, aquí estaba. Ve a buscarla y más te vale que no me salgas con que no la encuentras.

Al fundirse con los sentimientos del niño, Gabriela ya no encontró coraje, ni tristeza, ni dolor. Sólo un vacío inacabable. Odió aún más a esa mujer.

El niño dejó su mochila en un rincón y fue a buscar su lonchera a la sala. Al encontrarla, la abrazó con fuerza y caminó de regreso a la entrada de la casa. El vacío fue cediendo y en su lugar, un sentimiento cálido lo envolvió todo.

—Aquí está, mamá. No la perdí.

Alzó la mirada para intentar verla sonreír. No se atrevió. En lugar de eso le dio la espalda para ir por la mochila que había dejado en el suelo. Al levantarla, sus ojos se detuvieron en el espejo que estaba en la pared. Tenía tantos deseos de ver a su madre. Gabriela también lo deseaba. Un solo instante bastó para saber que esta debía ser la peor pesadilla de su vida.

Quería despertar.

Debía hacerlo.

La mujer que le regresaba el espejo era ella.

Reserva

No quiero ir. Haré un último intento para persuadirlo. Me detengo a su lado y se lo pido al oído, él hace como que no me escucha; no sería la primera vez. Tendré que acompañarlo. De nuevo voltea en mi dirección y suspira.

Lo alcanzo en el corredor y camino haciéndole sombra. En el trayecto hacia el panteón no me dirige la palabra, su mirada se pierde en algún punto más allá del cristal; me contento con sentarme a su lado sin hablar.

Al llegar, nos unimos a la procesión que acude a dar el último adiós; él se coloca en primera fila. Miro con atención los rostros y más de uno me resulta familiar. Trato de entablar conversación con ellos pero todos parecen sumergidos en el desconsuelo y no me atrevo más que a emitir un quedo “hola” a una amiga que reconozco.

Me siento junto a mi esposo y comienza a sollozar. Alargo el brazo para tranquilizarlo y mi mano atraviesa su hombro. Observo mi cuerpo translúcido y, helada, lo veo levantarse y aventar una rosa sobre mi tumba.

Parámetros

Quiero perderme en la pausa obligada de los signos.

Delimitar tu espacio y el mío.

Estructurarnos.

Sortear los puntos, evadir ambigüedades y jerarquizar sentimientos.

Deseo acomodar los signos para crear emociones inequívocas; las caricias y los besos entre comillas, los miedos en paréntesis, las sorpresas precedidas por suaves puntos suspensivos.

Y unir nuestro amor con punto y coma,
en perfecta yuxtaposición.

Fundamentos

Sonia entra al quirófano número tres. Lo primero que percibe es la luz al caer sobre su cuerpo. Una enfermera la toma de los brazos y le ayuda a recostarse sobre la helada plancha. Apenas hubo colocado su voluminoso cuerpo, se le pide que junte los codos con sus rodillas hasta que alcance a adoptar una imposible posición fetal. Una vez acomodada, entra el anesthesiólogo. Va a sentir una pequeña molestia, le advierte. Un segundo después, los dedos del doctor exploran su columna. Cierra los ojos. La aguja encuentra un escondite perfecto entre sus vértebras. Un líquido frío la recorre. El dolor sobrepasa la pequeña molestia pero antes de acostumbrarse a él, desaparece.

Gira la cabeza y sus ojos se encuentran con el rostro de otra mujer que pasa en camilla frente a la puerta.

La mirada de Sonia regresa al quirófano y se concentra en la luz de la lámpara del techo. Nota una mancha de humedad en el techo. El espejo que enmarca la lámpara le permite ser testigo del ir y venir de los instrumentos y de los sistemáticos movimientos de los doctores.

Un incesante remolino de anhelos comienza a recorrerla. Han sido demasiados los meses de espera. El anesthesiólogo le indica que sentirá un ligero empujón en su vientre. Ella asiente y se prepara. Aún con el cuerpo casi insensible, advierte la presión de un par de manos sobre su abdomen. Una serie de apretones se producen. Finalmente, los movimientos cesan y se escucha un vigoroso llanto.

El anesthesiólogo sale del quirófano número tres de Sonia y entra al número cuatro. Adriana se encuentra sobre la plancha. Acaban de colocarla en posición fetal. El médico le dice que sentirá un ligero ardor en la espalda. Adriana asiente y percibe el paso de un líquido glacial en cada rincón de su columna. La enfermera la toma por los hombros y la voltea. Colocan una cortina que la divide y aleja de lo que sucede alrededor de su vientre.

Continuos espasmos la sacuden. Escucha las indicaciones. Su atención está fija en el anesthesiólogo que continúa a su lado; nota que le toma el brazo. Sentirá una presión en el abdomen, le explica. Antes de terminar de escuchar la frase, siente dos manos actuar de palanca sobre su cuerpo. La mano del médico la suelta e inyecta un sedante en la aguja que le canaliza la vena.

El cuerpo de Adriana se debilita. La cortina frente a ella empieza a perder firmeza. Gira la cabeza y a su lado pasa un diminuto pedazo de ella misma. Un cuerpo que, rodeado de silencio, permanece cubierto en una manta.

Sus ojos se desvían hacia el techo y lo último que percibe es la luz del quirófano al caer, directa, en su mirada.

Una nube como tal

Saber que le habían dado ventanilla cuando había especificado pasillo, le enturbió el ánimo. Pensó en reclamar pero sabía que hacerlo, no serviría demasiado. El avión estaba sobrevendido y, además, Alma no tenía ganas de discutir.

Al subir, colocó su maleta de mano en el compartimento superior. Se sentó, acomodó su bolsa debajo del asiento frente a ella y cerró la ventanilla.

El pasillo del avión comenzó a llenarse. A su lado se sentó una mujer con un libro en las manos. Alma le sonrió y ella devolvió el saludo. La mujer quitó el separador del libro y se perdió por completo en las páginas. Alma suspiró aliviada.

Una vez que todos los pasajeros estuvieron en su lugar, la azafata empezó a dar las instrucciones de seguridad. Alma tomó el folleto que les señalaba y escuchó las indicaciones que sabía de memoria. Su mente vagó entre los muchos pendientes de los que tendría que ocuparse al arribar. Al volver su atención al pasillo, el avión ya estaba en el aire y la azafata preguntaba: ¿café o refresco?

Alma le pidió café y descorrió la ventanilla. Ante ella empezaron a desfilar nubes de todas formas. Una

le recordó a su abuelo. Había muerto cuando ella tenía siete años. Su madre, al darle la noticia, le dijo que el abuelo se había ido al cielo. La pequeña Alma corrió a la ventana, miró a lo alto y en el cielo sólo encontró nubes.

Desde ese momento, cada que Alma iba al parque, se detenía en medio de los árboles. De entre todos, elegía uno: alto, de delgadas ramas y abundantes flores lilas. Y se recostaba a mirar el cielo.

Buscaba nubes, analizaba sus formas y se preguntaba a quién pertenecerían. Por ejemplo, un día vio una nube pequeña y semiredonda. Pensó que quizá albergaba a aquella niña de su colegio que se sentaba en el pupitre rayado. La niña de la mamá distraída; de la sonrisa escondida; la que le enseñaba su libreta cada que dibujaba una nube —como si supiera—; aquella que de pronto no asistió a la escuela. Supo que enfermó hasta desaparecer por completo. Escuchó cómo le rezaban en la iglesia. La vio dormida en una caja de terciopelo blanco sobre la que lloró su madre, la acarició su padre y guardaron miles de sus sonrisas. Al final del día, aquella niña se transformó en nube.

En otras ocasiones su vista tropezaba con una nube pesada que amenazaba con aplastar a las más pequeñas. Suponía que en ella se escondía el señor de la panadería que estaba a dos cuadras de su casa. A la que acostumbra ir a diario; primero con su madre y después sola. Al llegar a la panadería la recibía un dulce olor a pan. Detrás del mostrador siempre encontraba al dueño; alto, esponjoso y con las manos llenas de harina, como si acabara de hornear el pan. La saludaba con un: “¿cómo amaneció, pequeña?” Ella sonreía y recorría el lugar para

seleccionar su encargo. Con la bandeja llena de conchas, polvorones y bolillos, se acercaba al mostrador. Le encantaba ver la rapidez con la que cada pieza desaparecía en la bolsa de color marrón. Después de pagar, el panadero salía de detrás del mostrador, como al descuido tomaba una galleta y se la regalaba. Alma corría a casa con la bolsa de pan en la mano y la boca repleta.

Un día a la acera no llegó el olor a pan, ni hubo quien la saludara y le regalara una galleta. Ese día el panadero tuvo un infarto al llegar a su tienda; quedó tirado justo a la entrada del lugar. Lo encontró un empleado, escuchó decir a su madre. Esta vez ella no vio la caja, ni acudió a la iglesia, ni escuchó los lamentos ni las plegarias. En su lugar, Alma se refugió en el parque. Recostada bajo su árbol, el azul de la gran bóveda de los muertos se abrió ante ella. Quieta, decidió esperar un rato para saludar por última vez al señor de las manos llenas de harina.

Otras veces había en el cielo una nube larga, liviana. Casi imperceptible. Una nube con un espacio propio, inalterable. Una nube creada a partir de su abuelo. De ese hombre alto, de manos gruesas y pisada firme. El que la recibía con un abrazo y la alzaba para sentarla en su cuello. Desde ahí, Alma le jalaba el cabello, nunca escaso, siempre blanco y su abuelo respondía al gesto con carcajadas. A Alma le encantaba estar en casa del abuelo cuando había reuniones. Escondida, veía al abuelo contar historias que ella no entendía pero que escuchaba fascinada. Él era un abuelo a la manera en que deben ser todos los abuelos: Imprescindibles.

Llegaron tiempos que hicieron a ese hombre menos fuerte; su risa más tenue; menos ágiles sus manos. Tiempos

en que comenzaron a visitarlo todos los días. Alma entendió que era hora de devolverle las sonrisas que él les había prestado y ya enfermo, le eran necesarias.

Cáncer, escuchó decir, pero la palabra nada le dijo.

La tarde en que el abuelo se convirtió en nube, ella estaba en la sala. Jugando, esperaba a que su madre terminara de ayudar a la abuela en la cocina. Recuerda que escuchó un rumor agonizante y después el silencio. Un par de manos que la levantaban, un abrazo que la rodeaba.

Y el silencio.

El cementerio estuvo lleno de gente pero a ella la mantuvieron alejada. Aunque no le permitieron ver el cuerpo en el ataúd ni escuchar de cerca los llantos, alcanzó a observar a su abuela de pie, a un lado del féretro, con los ojos secos. A sus oídos apenas llegó el rechinado de las bandas al bajar el ataúd y el sonido ahogado de la tierra al caer sobre la fosa. Mientras su mamá recibía las condolencias, Alma se acercó para acariciar las flores que servían de sábana a su abuelo. El cielo creó una sombra y Alma supo que él, desde lo alto, la saludaba.

Alguien tocó su hombro.

—¿Podría enderezar su asiento? —le pidieron.

Obedeció, pero su atención permaneció afuera, mezclada con las nubes. En ese amplio espacio en el que flota la historia de lo que hemos sido. Alma cerró la ventanilla.

—Era una linda vista —le dijo la mujer sentada a su lado.

—Sí, ¿verdad? —Alma contempló la ventanilla cerrada, la abrió de nuevo y le dio la espalda. La mujer volvió la mirada a su libro y Alma, bajando la mirada a la página que la señora leía, preguntó: ¿De qué trata?

Ciclos
(*La mariposa*)

Al tiempo que la niña ahora mujer dejaba su casa, las miles de criaturas luminosas abandonaban su lugar debajo de la cama. Poseían un recubrimiento transparente, muy fino, dentro del cual se retorcían sus alargados cuerpos. Sus diminutas manos estiraron el capullo hasta que lograron romperlo. De él, salieron cansadas y con sus alas adheridas al cuerpo. Donde antes había cuencas, ahora centelleaban ojos grises. Cual gatos, las antes criaturas, lamieron su cuerpo, separaron sus alas y sobrevolaron la habitación. La niña ahora mujer no estuvo ahí para verlas, pero ellas salieron por la ventana y se encargaron de encontrarla. Durante años la observaron reinventarse. De esposa a madre, de madre a amiga, de amiga a abuela. También estuvieron cerca el día de su muerte. La vieron desprenderse de su cuerpo y convertirse en esa criatura de luz que hoy aguarda, en la lámpara de algún cuarto, el momento de ser encendida.

Infusiones

Tres minutos entre taza y taza, dicen los meseros al verla entrar. Llega alrededor de las cinco de la tarde. Elige siempre una mesa a la izquierda de la cafetería, frente al ventanal. Con chal y libro en mano, ordena un descafeinado. Hace a un lado la copa de agua vacía que se encuentra sobre la mesa y coloca el libro abierto.

El mesero le entrega, junto al café, una canasta con pan dulce. De la poca variedad, escoge una concha. Con esa pieza se entretiene hasta el anochecer. La taza de café, por el contrario, le dura tres minutos. Los meseros le toman el tiempo y antes de que pueda pedir relleno, uno de ellos se encuentra ya con la jarra a su lado. Su incontrolable necesidad de calor se manifiesta en la cantidad de café que toma.

Lo bebe desde la adolescencia. Su madre acostumbraba molerlo en un antiguo molinillo de mano. Al tomarlo, le contaba de tiempos en que sólo existía café en grano; le hablaba del aroma, el color y el cuerpo que debía tener. Le contó esto cada mañana, hasta el día que murió su padre. Después de eso, en casa no volvió a utilizarse el molinillo. Ella y su madre continuaron la costumbre de

disfrutar juntas el café, pero lo tomaban fuera, en cualquier otro lugar.

Ahora es distinto. Su madre ha muerto y ella se sienta a tomarlo sola, en la cafetería de un centro comercial.

Entre taza y taza se le acercan los meseros y le preguntan por su vida. Ella les cuenta que sí, alguna vez se casó; no, no tuvo hijos y sí, su esposo murió. Una tarde alguien se atrevió a preguntarle si era feliz. Lo he sido, respondió, pero de eso hace años.

La mayor parte del tiempo observa a los clientes: a la niña que corre entre las mesas y pide, en cada una, un pedazo de pan; a la señora que repasa y repasa el menú como si existiera la posibilidad de ver surgir algo nuevo; de manera especial, se detiene en la pareja que desde hace un mes viene, tan seguido como ella, por un café. Ambos jóvenes, ambos con alianza. Recién desempacados, piensa y menea la cabeza.

Y es que éstos no son tiempos de venirse a vivir a esta ciudad. Antes sí, cuando no surcaban por los aires helicópteros, ni te topabas con un convoy de soldados de tanto en tanto. Un de tanto en tanto que, con el paso de los meses, se ha convertido en un casi a diario.

Por momentos le dan ganas de vivir en el pasado; en especial, cuando nada le quita el frío; cuando el gato, hambriento, no la espera; en esos días en los que al verse al espejo, sabe que sobra espacio.

Pero no siempre es así; hoy el sol salió y el frío es menos insoportable.

Después de revisar el periódico, desayunar con su gato e ir al mandado, sale rumbo a la cafetería. Al llegar, escoge su mesa. Le traen el café y el pan. Pellizca la concha, da

un trago a su bebida y, al observar el exterior, ve el cielo llenarse de helicópteros. A izquierda y derecha de la cafetería, la gente grita. Los ve levantarse, correr y refugiarse bajo las mesas, sin atreverse a respirar. Afuera, metralletas y granadas. Y la gente. Mujeres y niños en busca de refugio. Hombres agachados en sus coches. Adrenalina en ojos descompuestos.

La cafetería se llena con muchos de los que se encontraban en el centro comercial. El gerente da la orden y los empleados bajan la cortina de metal. La semipenumbra está acompañada de empujones y algún bebé que llora. Una vez bajo las mesas y en los rincones, nadie se aventura a moverse. El silencio es perturbado sólo por los sonidos del exterior: gritos, instrucciones, pasos y balas.

Dentro, una sombra irrumpe entre las mesas. Alguien con arma en mano. Arma que apunta y roba. Empezan los gritos pero son silenciados al instante. Los meseros intentan calmar a quienes se encuentran cerca. Al hacerlo, uno de ellos levanta la vista y la ve. Ella está de pie. Ante la pistola.

—¿Te quieres morir, pendeja? —le grita el asaltante.

Y ella recuerda la mañana soleada, al gato que despertó a su lado, a la pareja de recién desempacados, a los meseros, sus preguntas. Aún siente en la boca el calor del sorbo recién dado. Sabe que ha sido un día excelente. Levanta la mirada para dirigirse al asaltante y dice:

—¿Qué más da? Pero apunta bien; no echemos a perder un buen día.

La ventana y la rosa

Imploré durante horas. Prometí cuidar del gato, de los perros, limpiar la casa y no abrirle a nadie pero, a pesar de mis intentos, dijeron que hacía muchos años que no íbamos (un plural innecesario porque yo nunca había ido) y que ya estaba decidido. Esas vacaciones las pasaríamos justo ahí, en Sombrerete, en casa de la tía Lucía Ayala.

Adiós, diversión.

Podría decir que fue un viaje tedioso, pero en realidad dormí casi todo el camino. Sombrerete nos recibió con la majestuosidad terrorífica de una ciudad pequeña y silente. La tía vivía en una casa residencial, blanca, de rejas negras y ubicada frente a un parque. Al entrar, nos recibió un zaguán luminoso, como hecho para detener el tiempo. Las paredes de la casa eran austeras y poseía largos y monótonos pasillos que invitaban a huir de ahí a la mayor brevedad.

La tía era una señorita criada a la antigua usanza. Hablaba poco y en voz queda, no recibía visitas después de las cinco de la tarde y jamás salía sola. Cuando en casa se platicaba de ella, la imaginaba semejante a una vela larga

y cubierta de seda negra. Y casi fue así, la tía Lucía era tan blanca como la cera de las velas que se encienden en la iglesia, sólo que nunca la vi vestir de negro.

Pasé los primeros días como perro en jaula pequeña. Lograba entretenerme por ratos con los libros que descansaban alfabéticamente en un pequeño librero de roble colocado entre el recibidor y la sala. Tumbada en el buró, veía a mi tía ir y venir con una taza de té. Era claro que no terminaba de resignarse a que estuviéramos ahí, pero mi abuela no se daba cuenta.

La tía platicaba por ratos pero, la mayor parte del tiempo se deslizaba por la sala hasta llegar a la ventana. Con delicadeza descorría la cortina y comenzaba a ignorarnos.

Un sábado, al dar las seis de la tarde, la abuela y mi tía se cambiaron de ropa y salimos a misa. Habían decidido que después de los servicios, iríamos a una fiesta del pueblo. El festejo era en la plaza contigua a la iglesia, así que ni oportunidad tenía de escabullirme.

En la plaza todo era rojo y verde. El olor a vainilla brotaba sin consideración de todos los puestos y se me antojaba tanto que me entraban ganas de agarrar el carro e irme a Papantla.

Pronto mi abuela encontró una mesa para nosotras. Se sentaron y yo decidí ir a dar una vuelta por la plaza pero, al dar el primer paso, la tía me detuvo.

—Imelda, ¿a dónde vas?

—¿Por? —pregunté.

—Debes permanecer sentada. Las señoritas no andan dando vueltas por ahí.

Clavé la mirada momentáneamente en el cielo y me acomodé en la mesa. A mi alrededor sólo había mujeres.

Tan pronto comenzó a repiquetear la música, los hombres se acercaron. Un muchacho se detuvo frente a mí, tiró un pañuelo al piso y se me quedó mirando.

—¿Y? —me preguntó después de algunos minutos.

—¿Y qué? —respondí.

—Que si bailas...

—Supongo —y le di la mano.

Como él no se movía, le pregunté si pasaba algo.

—El pañuelo —murmuró.

—¿Cuál?

—El que está en el piso.

—¿Ése? —dije señalando el pañuelo que él había tirado.

—Sí, se supone que lo debes levantar.

—¿Cómo?

—Sólo levántalo.

Antes de protestar, sentí un par de alfileres en mi espalda. Mi abuela me miraba tan fijamente que rápido me agaché y recogí el pañuelo.

—Gracias —me dijo al entregárselo.

—¿Qué fue eso? —le pregunté al llegar al centro de la improvisada pista.

—Es costumbre por aquí. Es la manera en que sacamos a bailar a las mujeres.

—Ji, ¿es broma?

—No, así es —contestó, y bailamos el resto de la noche.

Al regresar a casa, la abuela se fue a su recámara. Yo me entretuve en la sala y cuando me levantaba para

irme a dormir, escuché unas pisadas en el pasillo. Mi tía se dirigía a la cocina. La seguí. Se detuvo frente al lavabo. La luz de la luna cayó sobre ella y atenuó sus arrugas. Era hermosa la tía. O al menos, debía haberlo sido.

—¿Por qué vives sola? —le pregunté, asustándola un poco—. No creo que te haya faltado con quién.

Se sirvió una taza de café y se sentó en la barra.

—¿Qué es lo que piensas? —preguntó.

—No lo sé, pienso que, y es por la manera en que te educaron, no por otra cosa, ¿eh?, que debes sentirte incómoda por no haberte casado. No que piense que una debe casarse para ser feliz, claro, pero en un pueblo como éste, ¿no es difícil?

—Difícil sería haberlo hecho —contestó. Guardé silencio y ella continuó—. Tu padre no podría recordarlo, pero nuestra madre pasaba muchas tardes de pie frente a la ventana de la sala. Esperaba a mi padre. Yo me colocaba junto a ella y le tomaba la mano. Durante esas ausencias, mi madre sabía bien dónde estaba su marido. En el pueblo decían que tenía una amante y que mientras mamá lo esperaba, él llevaba a la otra a comprar ropa a la ciudad. Por las noches, cuando él regresaba, le traía una rosa a mi madre. Ella nada le decía, sólo recibía la flor y la colocaba en un jarrón. Un jarrón que siempre tuvo dispuesto para recibir una rosa. Tantas tardes la acompañé que, un buen día, decidí que no me casaría.

Se levantó y la edad le volvió a caer encima. Tomó la taza y en la voz más suave que le escuché nunca, dijo:

—No es necesario casarse para ver pasar la vida frente a una ventana.

Para toda la vida

Uno, dos, tres escalones, a la derecha. Para toda la vida. Cuarta puerta. La abre. Pasa. Gracias, contesto sin mirarlo. Para toda la vida.

El licenciado los recibirá en unos instantes. Gracias, le dice con esa voz ronca, llena de una cortesía implacable. Gracias, pasa, de nada; palabras huecas que Esteban avienta sin pensar. Espera, Celeste, me pedía al estacionar el coche. Yo aguardaba a que él descendiera y llegara para abrirme la puerta. Extendía la mano, me ayudaba a bajar y caminábamos en silencio. Igual que hoy.

Me siento en uno de los sillones de la sala de espera. Cruzo la pierna y estiro el cuello. Procuero no voltearlo a ver para intentar que mis ojos no delaten la duda que me envuelve. ¿Estaré haciendo lo correcto?

Para toda la vida. Agito la cabeza para impedirle a mi mente repetir la frase, para evitar escucharme, escucharlo. Voy por un café. Asiento en señal de que escuché. No quiso saber si quería uno.

Observo el reloj en mi brazo izquierdo y noto la ausencia de la sortija. Llevo meses sin usarla. Fue el inicio del desprendimiento, de nuestra separación física al menos,

quizá un poco la emocional, pero sólo un poco, más bien la física, ésa sí. ¿Ya no llevas el anillo?, preguntó un día levantando un poco la ceja derecha; ese gesto que me parecía atractivo y ahora me resulta tan irritante. ¿Apenas te das cuenta?, contesté con ironía. Me miró, pero sólo respondió con ese silencio incómodo, deliberado; el silencio que nace entre dos personas que saben que después de dos preguntas entrarán en pelea. Irritante, pero no sorprendente. Su estrategia consiste en la ausencia misma de las palabras.

El licenciado ya no tarda, anuncia de nuevo la secretaria; advierto cómo sus dedos golpean más de lo necesario el teclado de la computadora, con la fuerza de quien está acostumbrado a utilizar máquina de escribir y de pronto se encuentra frente a la cómoda modernidad y no logra ajustarse a ella.

Esteban regresa y lo miro de reojo.

Alto, bronceado, viste un impecable traje negro. Siempre negro. Yo solía burlarme de él por llevar a diario traje oscuro; una sobriedad alterada sólo por el color de la corbata que elige. Y para escogerla, toma en cuenta la estación del año, la hora, la razón y el lugar al que se dirige.

Hoy es guinda.

Trato de descifrar el motivo para que utilice ese color. Reprimo el impulso de preguntarle. Ya no me importa saberlo, únicamente quiero que el licenciado se dé prisa, necesito que todo termine cuanto antes. Antes de que algo suceda y ya no lo haga. Antes de que alguien cambie de opinión.

Empiezo a mover el pie de la pierna cruzada. ¿Podrías dejar de mover el pie?, me pide. No, le respondo.

Más por terquedad que por necesidad. He decidido hacer lo que yo quiera, por primera vez, aunque sólo se trate de mover mi pie derecho. Tengo el presentimiento de que si desisto en algo, en lo que sea, claudicaré en todo. Llevo la mano a mi cabello. Debería habérmelo recogido.

El licenciado los recibirá en unos minutos, afirma la secretaria sin voltearnos a ver; somos los únicos en la sala de espera. Nos rodea un olor a madera recién cortada. El olor que dejan los carpinteros al llevar los muebles encargados. El aroma de mis primeros días de casada.

Enderezo aún más la espalda, desdoble la pierna para cruzar la otra y, al hacerlo, rozo la suya. Gira la cara y se queda observándome por un rato. Le sostengo la mirada. Él levanta la ceja de nuevo y regresa la vista hacia el frente. Observo su perfil de nariz altanera, de mirada profunda y transparente. El color gris de sus ojos desaparece cuando se le observa de perfil; como si su iris se hubiera escapado a ver algo y ese algo se encontrara lejos.

Me concentro en la secretaria de nuevo. Continúa enfrascada en su teclado. Suena el teléfono, contesta y voltea a vernos.

Pasen, el licenciado los espera.

Esteban se levanta primero y me tiende la mano. Coloco la mía en la suya sin pensarlo. Celeste, ¿esto quieres? Dudo un segundo, pero no le contesto. Levanto la cara y camino de su brazo hacia una elegante puerta de roble.

Por última vez.

Contrastes

Una vez que Abril emitía un juicio sobre algo o alguien, nada la hacía cambiar de opinión. Eso pasó con el libro que esa noche decidió leerle a su hijo: “¿Cómo ordenan sus habitaciones los dinosaurios?”. Un cuento inútil para un niño de apenas tres meses, le dijo su esposo con una sonrisa, cuando decidió añadirlo a la montaña de cosas imprescindibles para Gabriel.

Esa noche se lo leyó dos veces, pero el cuento no logró dormirlo. Probó con música. Se reclinó y, al compás de Mozart, lo amamantó en la mecedora. Media hora después, Gabriel respiraba acompasadamente. Ella dormitó con él sobre su pecho. Minutos más tarde, despertó sobresaltada y sujetó al niño con fuerza. Gabriel se sacudió pero no abrió los ojos. Ella aprovechó para acomodarlo en la cuna y salir del cuarto.

Al llegar a su habitación, se asomó a la ventana. Había llovido por la tarde. Permaneció un rato quieta, dejando que la humedad se filtrara en el cuarto. Un escalofrío la obligó a retirarse de ahí. Fue al baño, se lavó los dientes y echó agua sobre su cara. El líquido borró el maquillaje y dio la bienvenida al cansancio.

Observó el espejo. Su rostro lucía horrible. Se tocó ambos lados de la cara y estiró la piel hacia las sienes. Meneó la cabeza; la cirugía quedaba descartada. Regresó a su cuarto y se puso la pijama. En el buró reposaba el monitor del cuarto de Gabriel. Le subió al volumen. Pegó el oído al aparato y alcanzó a escuchar que el niño tosía. En la cama, su esposo ya estaba dormido. Abril se acomodó a su lado. Tan pronto cerró los ojos, cayó en un sueño profundo.

Despertó a las tres de la mañana. Se acercó al monitor y, al no poder conciliar el sueño, se levantó de la cama y fue al cuarto del bebé. Gabriel estaba en la cuna. Sólo se escuchaba el sonido de las aspas del abanico. La luz del faro al otro lado de la ventana alumbraba un poco la habitación. Movié la colchita que envolvía a Gabriel para cargarlo. Lo pegó a su pecho. Tomó su nuca y se lo separó un poco.

Lo observó con atención. Frente lisa, ojos cerrados, boca rosada. Su cuerpo estaba tibio. Sintió el peso, pero no los movimientos. Lo llevó de un brazo a otro. Escuchó su risa. No, no era su risa, tan sólo el recuerdo de ella. Entonces la punzada, el corazón desgarrado. Y el grito.

A la habitación llegó su marido y le quitó al niño de las manos. Hablaron al hospital. Les dijeron que mandarían una ambulancia. No la esperaron. Salieron con el ansia devorando cada cuadra. Se cruzaron con una sirena que apenas iba. Llegaron a urgencias pero desde antes, mucho antes, no había nada qué hacer. Apnea del sueño o muerte súbita, les dijeron. El médico explicaba algo pero Abril no lo escuchaba. Tocó los ojos del niño, se inclinó sobre él y susurró: todavía te quedaba mucho por ver.

Y rompió en llanto.

El velorio, el funeral, la tumba tan pequeña, las flores, la gente, los pésames y los abrazos, todo eso sucedía afuera. En otro mundo. Abril contuvo su dolor por esos días de trámites. Veía la tumba y el corazón se le doblaba, pero no podía llorar. No podía permitírselo porque si lo hacía, no podría detenerse. Al regresar del cementerio, ella volvió a llorar.

Abril, que creía que conservar una habitación intacta después de que alguien fallecía impedía a la historia convertirse en memoria y a la memoria, en paz, ahora no se atrevía a tocar nada. Incluso dejó encendido el foco de la habitación de Gabriel hasta que se le terminó la vida. Igual que a su hijo.

Con los días, la obsesión sustituyó a la tristeza y no le daba descanso. Leía, investigaba, preguntaba. Necesitaba entender. Repasó las estadísticas y las causas: *Gemelos o triples: dos de cada mil nacimientos mueren; hijos de madres adictas a las drogas; niños cuyos padres han contactado al médico por un episodio de apnea*; memorizó todo, hasta casi volverse loca.

Buscaba cualquier detalle que le brindara consuelo. Pero, ¿cómo podría acostumbrarse al dolor de buscarlo? ¿Cuándo dejaría de bajar las escaleras sin detenerse de golpe en el rellano asegurando que escuchó su llanto? ¿Cómo entender que ya no sentiría su peso, ni bañaría su cuerpo, ni él crecería?

Empezó a venerar todo: el shampoo que quedó a medias, el mameluco que tenía puesto la última noche, el chupón, su colcha. No dejaba que nadie decidiera sobre las cosas de Gabriel. Ni siquiera su esposo. En especial él.

Requería un culpable y lo encontró en su marido. No tenía motivos, ni los buscaba. Para su dolor eran innecesarios. Le bastaba con ver su boca tan igual a la de Gabriel, su piel blanquísima, su cabello castaño, ondulado, sus ojos verdes. En especial sus ojos. Tan iguales. Empezó a odiar que caminara por la casa, que comiera, se bañara, respirara y que el niño no lo hiciera.

Se propuso evadirlo.

Cuando él llegaba, ella se encerraba en el estudio. Dormía en el cuarto de visitas. Durante el día, daba vueltas por la casa; recorría las calles a pie y en el carro; iba al mandado cada tarde y andaba más de tres veces todos los pasillos sin elegir nada.

En las noches, el miedo se le escondía en las almohadas y jugaba con ella. Tenía la seguridad de que despertaría y su esposo tampoco respiraría. Entrada la madrugada, volvía a la habitación mutua para cerciorarse de que seguía vivo. Lo veía y deseaba despertarlo, decirle que la perdonara, que sabía que la muerte del niño no era su culpa. Y llenarlo de besos. Quería pedirle que la abrazara y no la soltara nunca. Entonces estiraba el brazo para acariciarle el cabello y despertarlo, pero cerraba el puño antes de que la mano llegara a su cabeza. Se limitaba a observar cómo las sombras del abanico jugaban con las sábanas y acariciaban la cara que ella ya no se atrevía a tocar. Este ritual lo repitió infinidad de noches, pero nunca regresó a dormir a su lado.

Un día, al despertar, fue a la recámara para tomar algo de ropa del closet y encontró el lado izquierdo vacío. Tampoco estaban los zapatos de su esposo, ni sus

corbatas. Entró al baño, faltaba su crema de afeitar y los rastrillos.

No sabía si la llamaría, pero lo ansiaba. Por la noche, llamó. Le dijo que la situación en la casa era ya insostenible. Ella lo escuchaba y asentía sin hablar, como si él pudiera ver sus gestos.

—¿No vas a decir nada? —le preguntó.

—¿Cuándo vas a ir con el abogado? —contestó Abril.

—¿Cuándo vas a ir con el abogado? ¿Sólo eso? Eres increíble.

Ella nada dijo.

—El abogado te hablará en la semana.

—Adiós —alcanzó a responder y colgaron.

Permaneció con el teléfono en la mano y el interior deshecho. Hubiera querido decirle algo pero, ¿qué? Él no sabía de las noches en que ella lo observaba y ahora de nada servía mencionarlas.

Abril dejó de investigar, de leer. La mayor parte del tiempo lo pasaba en casa. No veía televisión, ni escuchaba la radio. Tampoco leía el periódico. Dejó, incluso, de atender cuando sonaban a la puerta. Perdió hasta las ganas de mirarse al espejo.

Con la única persona con la que hablaba era con su madre. Y en realidad era su madre quien llamaba. Si hubiera dependido sólo de Abril, podrían haber pasado semanas sin tener contacto con su familia.

Cuando podía, evadía a su madre, pero a veces era imposible rehuir sus invitaciones para ir a comer fuera.

Abril siempre se negaba y ofrecía, a cambio, pasar a mendrar con ella.

Mientras tomaban el té, se preguntaba por qué no la visitaba más seguido. Su madre la tranquilizaba. Preocupada, la amonestaba por no salir de casa, por descuidarse tanto. A Abril no le molestaba que se lo dijera. De hecho, tenía tiempo que no prestaba atención a sus reproches.

—Te ves diferente —le dijo una tarde su madre.

—¿Tú crees?

—Sí.

La mirada de su hija estaba distinta, pero no se atrevió a decírselo. Cuando la veías de cerca, los ojos de Abril parecían derretirse y penetrarte. Abril creyó que lo que su mamá había descubierto eran sus terribles ganas de llorar y esconderse. Esto último, casi lo lograba.

Y es que ni siquiera para ganarse la vida necesitaba salir de casa. Diseñaba invitaciones sobre pedido. Los pagos y comunicación con sus clientes los realizaba utilizando Internet. Así ignoraba al mundo durante el día, pero por las noches, las cosas eran un poco distintas.

Una vez que terminaba los pedidos, recorría la cortina del ventanal de su estudio y permanecía ante él por largo rato. Un rato que podía convertirse en horas. La zona en donde vivía estaba cerca del centro de la ciudad. Su calle la recorrían, a diario, infinidad de personas. Todos eran unos desconocidos, pero aún dentro de esos desconocidos, era capaz de reconocer a los desconocidos habituales. A unas cuantas personas que vivían en los alrededores.

Su esposo y ella se habían mudado a esa casa dos meses antes del nacimiento de Gabriel y nunca tuvieron

demasiado tiempo para socializar. Ahora ella tenía tiempo, pero le faltaban ganas; sólo sentía un violento deseo de observar.

Llamaba su atención una mujer que salía sola cada noche alrededor de las once. Vivía en la casa de al lado y estacionaba el carro justo frente al ventanal de Abril, debajo del faro. Antes de verla aparecer, Abril reconocía el golpeteo de sus tacones sobre la banqueta. Sin importar el clima, llevaba puesto un abrigo. Aún con él puesto, lucía delgada. El abrigo le cubría hasta la rodilla y dejaba al descubierto unas pantorrillas bien formadas. Andaba de prisa, alzando la mirada sólo para cruzar la calle.

Una noche sus ojos se desviaron hacia el ventanal.

Abril pudo observar el recargado maquillaje. La mujer revolvió el tupido llavero que traía en las manos. Lo repasó con urgencia hasta que dio con la llave del coche. Subió al auto, encendió el motor y dejó caer la cabeza en el respaldo del asiento. Tardó tanto en arrancar que Abril pensó que se bajaría y entraría de nuevo a su casa. Imaginaba que, de hacerlo, se quitaría el abrigo, descalzaría sus pies y se iría a dormir. Esto no sucedió, al contrario, la mujer enderezó el cuerpo, prendió el auto y partió.

Ignoraba a dónde se dirigía. Nunca la escuchaba llegar pero, por la mañana, al descorrer su cortina, el carro estaba de nuevo estacionado frente a su casa.

Había otra persona en la que se fijaba. La mujer de la casa 2501. De edad avanzada, cabello blanco y abundante. Cojeaba un poco al caminar y llevaba un crucifijo al cuello. La anciana, a diferencia de la otra mujer, se sabía observada.

Si Abril no descorría la cortina a las siete veinte de la tarde, la perdía. Ambas eran muy puntuales. Con los días comenzaron a saludarse con una sonrisa discreta, incapaces de romper esa lejanía que las unía.

Alguna vez habían coincidido en la calle.

Fue en una mañana, poco antes del nacimiento de Gabriel. Abril había salido a regar las plantas y la había visto. La anciana salía del estanquillo de la esquina con un bote de leche en la mano. Al pasar junto al jardín de Abril, se detuvo.

—¿Cuánto te falta? —preguntó sin más.

Por un momento, Abril ignoró si se refería a cuánto le faltaba para terminar de regar o cuánto para que naciera Gabriel.

La anciana se dio cuenta de su confusión y agregó:

—Para el alumbramiento.

Abril sonrió al escuchar la palabra “alumbramiento”. Le sonó a lumbre, quemazón.

—Sólo dos meses.

—Cuida y no se convierta en la bola de sabandijas que rondan por aquí —le dijo y continuó el camino hacia su casa.

No supo qué contestar e intentó sonreír.

La mujer hizo una pausa para buscar algo en su bolsa. Un cigarro. Después sacó el encendedor y siguió su camino. Abril siguió la trayectoria del humo del cigarro recién encendido al pasar por encima de la blanca cabeza. El sol tocó el vapor y transformó el reflejo en un aro de agua multicolores. El humo continuó elevándose.

Si la hubiera observado de frente, Abril habría notado el temblor de los dedos al tocar la colilla del cigarro; la

lágrima que amenazó con estropear la tarde y el recuerdo —ahora lejano— de su esposo muerto después de meses de un cuidado diario y agotador. También recordó a su único hijo que si bien no la olvidaba, la visitaba cada vez menos.

La anciana volteó y le gritó a un grupo de niños que pasaban botando una pelota.

—Cuidadito y vayan a reventarme una ventana —les advirtió.

Abril desvió la mirada y la juzgó demasiado enérgica. Hasta un poco insensible. Los niños corrieron para alejarse del grito de la anciana. Justo cuando pasaban junto a Abril, llamaron a la mujer “bruja”.

Poco a poco, Abril logró ahuyentar al miedo. Recuperó el apetito. El recuerdo de Gabriel si bien no había desaparecido, se volvió soportable. Se aferraba con fuerza a su rutina. Levantarse, bañarse, desayunar, trabajar, comer, trabajar y observar.

Hubo un día que se saltó su rutina nocturna y al terminar el trabajo, se fue directo al baño a despintarse. Levantó su cabello en una coleta. Tomó un poco de crema y la untó en sus ojos. Un algodón sirvió para retirar el exceso. Inclino la cara hacia el lavabo y echó agua en su rostro. Al enderezarse y verse al espejo, se encontró con la mirada de Gabriel fija en ella.

Abril estiró la mano hacia el espejo y tocó las facciones enmarcadas con los ojos verdes de su hijo. Del agua caliente del lavabo emanó vapor. El vidrio se empañó. Abril talló la superficie con la palma y en el espejo sólo apareció ella.

Ya no pudo conciliar el sueño.

No lograba apartar de su mente los ojos de Gabriel. Le dolió de nuevo todo lo que no había tenido oportunidad de mostrarle a su hijo. Pero luego se preguntó qué había en la vida que valiera la pena. Todo estaba revuelto. Nadie confiaba en nadie. Incluso ella, que no salía demasiado, vivía con el temor latente de encontrarse en medio de una balacera. La ciudad estaba envuelta en el caos.

Lo que menos lamentaba era su decisión de mantenerse alejada de todo. En especial de las noticias. Esto se lo reprochaba su madre. “Mal haces al no poner atención a lo que sucede”. Abril decía que de nada valía enterarse.

Esa madrugada, con la mirada esmeralda de su hijo en el espejo, lo creyó un poco más. No soportaba la idea de entender que el mundo no era un lugar bueno para la vida. No deseaba diferir su dolor y su miedo. No quería, ni necesitaba excusas. “Eres demasiado complicada”, la reprendía su madre. Abril no le contestaba, ya tenía demasiado encima.

Desde la noche del espejo, Gabriel aparecía en todas partes. El recuerdo, ahora cotidiano, la sobresaltaba. Esto le sucedía, aún más, cuando dormía. Entonces no sólo veía sus ojos. En sueños veía cada parte de su rostro. Su frente, sus mejillas, la comisura de sus labios, sus diminutas orejas. Y se lo bebía al verlo. Por las mañanas no quería levantarse.

Con los días, los detalles del sueño fueron en aumento.

Ya no era solamente la cara de Gabriel. De pronto era él de un año, de dos, de tres, hasta que se empezó a gestar una historia y luego esa historia, a volverse recurrente.

Una noche, Gabriel tenía la imposible edad de cuatro años y corría detrás de una pelota. A cada paso que daba, el balón lo burlaba. El niño no cedía. La perseguía a pesar de las gotas gruesas de sudor que le resbalaban por el cuello. Abril lo instaba a no correr por temor a que cayera, pero él no la escuchaba. Al darse cuenta de que para Gabriel ella no era más que un objeto inanimado, desistía.

Entonces se limitaba a observarlo.

Gabriel continuaba su persecución. La pelota lo burlaba. Cuando por fin lograba acercársele, estiraba la mano y la pelota cambiaba de dirección. Gabriel sólo alcanzaba a rozarla.

En un descuido de la pelota, Gabriel la atrapó. Abril lo vio de pie, triunfante, delante de una pared color crema. Entonces reconoció el entorno. Observó la pared; al centro tenía colgada una placa que indicaba el número de la casa: 2501.

La pelota volvió a cobrar vida y empezó a agitarse en las manos del niño. Gabriel luchó por no soltarla, pero al final la pelota salió disparada y se estrelló repetidas veces contra la pared. La placa de la casa comenzó a tambalearse. La pelota no cesaba. Golpe, piso, golpe, piso, golpe, piso. Cada vez más fuerte. Se escuchó un portazo y una mujer de menos de cuarenta años salió de la casa echando chispas.

—Pero, ¿qué es lo que pasa? —gritó y tomó la pelota—. No saben que hay gente enferma en esta casa. ¡Cómo hay sabandijas en este barrio!

No pudo pasar por alto el andar peculiar de quien cojea, el crucifijo que colgaba de su cuello y el número

de la casa. Era ella, la anciana, pero mucho, muchísimo más joven. Presente y pasado conjugados en su sueño. Su hijo también observaba a la mujer, pero ahora era ella quien no parecía verlos. Continuaba frente a su casa con la pelota en la mano, el ceño fruncido y los ojos con las señas de quien no ha dormido por días reflejadas en ellos.

Abril la vio girar la cabeza hacia todos lados buscando al responsable. Después de un rato breve, la mujer se resignó y dio la vuelta para entrar a su casa de nuevo. Abril notó que ya empezaba a encorvar el cuerpo.

Alguien tocó su brazo. Ella volteó para encontrarse con la mirada verde de Gabriel. Su cuerpo entero vibró. El niño sonrió. “Verás lo que te ha faltado”, sentenció Gabriel y Abril abrió los ojos.

Acostada en la cama, su corazón bombeaba a mayor rapidez de la habitual. Se levantó, caminó hacia el tocador y se miró al espejo. Buscó unos ojos verdes que no encontró. Fue a la ventana, descorrió la cortina y la sorprendió una noche clara. La calle estaba despejada. Era miércoles. No había pisadas trasnochadas, ni autos llegando después de una noche de juerga. A lo lejos, escuchó el chirrido de algún grillo, el crujir de las hojas de los árboles y alguna sirena. Dentro, sólo la acompañaban los ecos del día anterior.

Regresó a la cama.

En la mañana recibió la visita de su madre. Le había llamado por la noche y sugerido, de nuevo, que salieran a desayunar o a comer. Abril se negó. Prefería recibirla en casa y eso acordaron.

Desde que abrió la puerta, se topó con una sorpresa; su mamá venía acompañada por Luisa, su comadre, que vivía a tres cuadras de casa de Abril.

En opinión de Abril, Luisa no era alguien para frecuentar y se lo había dicho a su madre muchísimas veces. Tenía el ojo escrutinador y el índice preparado. Si algo querías saber, la casa de Luisa era el lugar a visitar. No le faltaban conocidos, pero sí amigos. Su madre y ella se conocían desde la infancia.

—Abril, ¿pero cómo has estado, querida? —le dijo Luisa al tiempo que le plantaba un beso estruendoso en la mejilla.

—Muy bien, Luisa, muy bien. Gracias.

Apenas sentarse, Luisa inició la conversación sin dejar lugar para aportaciones. Sus temas abarcaron el clima, la inseguridad, el nuevo restaurante en el centro, el asalto a una panadería, las vacaciones de su hija, la escasez de agua en toditita la ciudad, hasta caer en el problema que constituía encontrarle pareja a “Monina”, su perrita french poodle. Escucharla hablar era como subirse a la montaña rusa y, en plena bajada, pretender admirar el paisaje.

A la media hora, Abril se levantó del sofá y pasó a un lado del ventanal. En las tardes, concentrada en sus invitaciones, no prestaba atención a su calle. El reloj en la pared marcaba las cinco y media. Escuchó el motor de un auto al apagarse y movió con discreción la cortina. Era la mujer del abrigo vestida en traje sastre rosa. A la luz del sol, pudo verla con claridad. El cabello castaño claro le llegaba debajo del hombro, de piel aperlada, delgada. A diferencia de en las noches, caminaba despacio.

—Esa es una puta.

Luisa se había levantado del sillón y observaba también a la mujer del traje sastre.

—¿Cómo? —fue lo único que se le ocurrió decir a Abril.

—Sí, tal y como lo oyes, una puta. O una mujer de la vida galante, si lo prefieres. Se llama Clarisa, tiene una hija de sabrá Dios quién, dicen que de su exmarido, que el tipo no le da un cinco, que para alimentar a la niña se dedica a sacarle brillo a las banquetas y demás excusas, pero yo no me las trago, ¿eh? ¡Valiente ejemplo para la niña! —Abril respiró profundo pero Luisa continuó sin inmutarse—. De día se dedica a otra cosa, ejecutiva de una agencia o no sé qué —echó otro vistazo a la calle y alcanzó a ver que Clarisa sacaba la llave de su casa y abría la puerta—. Se ve modosita, ¿verdad? Pero por las noches, mmm, la historia, ya ves, es muy diferente. Tú, Abril querida, mejor mantente alejadita, ¿eh?

Clarisa.

Abril recordó el maquillaje recargado, el andar apresurado, su apatía para arrancar el auto y se preguntó si las cosas eran realmente como Luisa decía.

—Luisa, ¿de casualidad conoces a la señora que vive en aquella casa? —le preguntó señalando hacia la casa de la anciana.

—¿Quién? ¿Doña Meche?

— ¿Así se llama?

—Sí, no la conozco tanto. Tiene años en la colonia. Décadas. Las pocas veces que la he visto me ha parecido algo geniuda. Amargadita, diría yo, con todo respeto. Una persona de “edad”, ya sabes. Se le murió el esposo de

cáncer. Dicen que ella misma lo cuidó en su casa porque no soportaba estar en los hospitales. Lo cuidó por casi un año hasta que se murió. Tiene un hijo, casado, creo. No vive con ella. No sé más. Qué interesadita, ¿eh? Bueno, creo que es hora de que nos vayamos —ahora Luisa tenía la vista puesta en la madre de Abril.

—Sí, claro. Hija, te llamo por la noche.

—Sí, mamá, se van con cuidado.

—Adiós. Y no te descuides tanto, niña —le dijo Luisa ya con un pie afuera de la casa.

Ese día, Abril no se asomó a la ventana.

Pasó algún tiempo para que Abril retomara su ritual nocturno. Tenía demasiado trabajo atrasado y estar frente a la computadora ocasionaba que por la noche los ojos le ardieran. Lo único que ansiaba al terminar era encontrar refugio y consuelo bajo las sábanas.

Levantarse, bañarse, sentarse en su estudio, diseñar, rotular e imprimir. Esa fue su rutina durante tres semanas. Al término de la tercera, Abril volvió sus ojos hacia el ventanal. Parecían siglos desde la última vez.

A las siete y veinte, Abril se apresuró a colocarse frente a él. Ahí estaba. Doña Meche caminaba lentamente hacia su casa. Al pasar frente al ventanal de Abril, dirigió un vistazo. Sonrió al descubrirla. Abril observó sus ojos cansados y sus arrugas. En un impulso, le habló.

—¿Gusta un café? —ofreció.

Doña Meche sonrió al ver la constante lejanía romperse con la pregunta.

—Hoy no, gracias. Pero cualquier otro día —contestó y siguió su camino.

Abril la observó alejarse. Le pareció que llevaba sobre su espalda el peso de todas las vidas. Cuando llegó a la puerta de su casa, la anciana regañó a unos niños que jugaban a la pelota.

Esta vez doña Meche le quedó de frente y Abril pudo observar la sonrisa que apareció en su cara cuando escuchó que le gritaban “bruja”.

Decidió trabajar un rato más antes de su siguiente cita.

A las once cincuenta, apagó la computadora y se dirigió de nuevo al ventanal. Su cita tardó otros cinco minutos en aparecer. Cansada, se recargó a esperar. La puerta de la casa de su vecina rechinó y Abril vio salir a la silueta en el abrigo. Escuchó el andar apresurado. Clarisa pasó casi frente a Abril sin voltear. Cruzó la calle. Llegó al carro y sacó el llavero. Cuando buscaba entre las llaves, escuchó una voz que le decía “buenas noches”.

Era Abril quien le hablaba.

Clarisa la miró sorprendida y levantó un poco la mano. Abril creyó notar que su rostro se suavizaba. Fue un intercambio rápido, como la misma Clarisa. Abril ignoraba si eso sería todo o si alguna vez lograrían hablar. Se inclinó por lo segundo.

Una vez que el carro arrancó, Abril salió de su casa. Caminó hacia el portón de Clarisa, levantó la vista y en la ventana del segundo piso, vio la cara de una niña iluminada por la luz del mismo faro que alumbraba la habitación de Gabriel. Recordó a su hijo. Al día siguiente se cumpliría un año de su muerte.

Por la mañana, Abril decidió retomar la olvidada costumbre de leer el periódico. Se levantó de la cama, tomó

pantalón y sudadera y, sin arreglarse más, salió a la tienda de la esquina a comprarlo.

Afuera, 28 grados. Nueve de la mañana. En el cielo no había pájaros, sólo nubes y mucho sol. En el camino de vuelta a casa, repasó las secciones. Los titulares no habían cambiado demasiado desde la última vez.

Al llegar a casa, regresó a la cama y revisó los demás encabezados. Leyó las notas. Cuando terminó, dobló el periódico y al tratar de ponerlo en el buró que tenía a un lado de la cama, se le cayó al suelo.

Bajó de la cama para juntar las secciones. Movi6 el rodapi6 para ver si no habfa nada debajo de la cama y al asomarse, en una esquina, descubri6 una sonaja. Se acost6 en el suelo y alarg6 su brazo al m6ximo. Ni siquiera la roz6. Tom6 el peri6dico que acababa de recoger y lo enroll6. Intent6 de nuevo. Alcanz6 a darle un golpe a la sonaja y el impacto la expuls6 hacia el extremo opuesto de la cama. Se levant6 a recogerla. Jug6 con ella entre los dedos y camin6 hacia la habitaci6n de Gabriel acompa6ada de su sonido.

Ver6s lo que te ha faltado, record6.

Se detuvo cerca de la cuna de Gabriel. Los colores del dfa llenaban el cuarto de contrastes. Vio que sin la sombra, la luz no representaba nada. Sin el claroscuro, las figuras carecfa de matices. Igual que en su vida, la de Clarisa o do6a Meche.

Abril extra6a6 a su esposo y pens6 en hablarle. No sabfa si le contestarfa. Serfa s6lo una invitaci6n. Un caf6 y si aceptaba, ya se verfa.

Escuch6 el tel6fono y sali6 disparada a contestar. En el camino se tropez6 con un escal6n. Se incorpor6

rápido. El repiqueteo continuaba. No lo vio en la base. Lo buscó en todo el cuarto y por fin encontró el auricular tirado en el suelo.

—¿Bueno? Hola, mamá. ¿A desayunar? ¿En dónde? —dejó pasar unos segundos y sonrió—. Está bien, ¿pasas o nos vemos ahí?

Mariposa negra

Mi madre decía que los muertos vuelven. Pero no lo hacen.

Esta noche, las hojas de los árboles juegan con la blancura, casi grisácea, de la pared del porche. Ha sido un día largo, de interrogatorios sin descanso. La policía quiso verme al mediodía. Fueron cinco horas de repasar los sucesos y escuchar, una y otra vez, las mismas conjeturas. Cinco horas de ver los rostros alternarse en las páginas del expediente; vivos, muertos, vivos, muertos.

El comandante repitió que no existían huellas, ni pruebas. Alguien creía haber visto algo, pero no más. Tanto tiempo, tanta indagación. Y encima, el recuerdo constante de mis dos muertos.

Al entrar a la casa, coloco la bolsa en la mesa. Me siento en una de las bancas de la cocina, saco el celular de la chaqueta y lo aviento a la barra, frente a mí. Chayo, la sirvienta, se encuentra en la cocina y al escucharme, voltea y me mira; primero a mí y después, torciendo un poco la boca, al celular.

No tengo humor de escuchar sus reproches. Ya los sé. Dirá que qué gano con tanto desvelo, con tanto trabajo,

con cargar con ese demonio que timbra y timbra y no me deja descansar. Decido esquivar su mirada e impedir que note mis ojos enrojecidos y esas ojeras que amenazan con quedarse para siempre.

—¿Se le ofrece algo más? —pregunta.

—Nada, Chayo, nos vemos mañana. Descansa.

—Le dejé té en la estufa —y toma su morral.

Tan solo Chayo cierra la puerta, la tetera empieza a chillar. Bajo del banco, apago la luz y permito que los rayos de la luna iluminen la cocina. El aroma a manzanilla baña el lugar.

Saco de la alacena una taza y me sirvo el té. Acomodo una de las sillas de la barra buscando el cobijo de la penumbra. Doy pequeños sorbos a la bebida. El calor del té comienza a relajarme. Una grieta en uno de los azulejos de la barra llama mi atención. Tendré que llamar a alguien para que la repare.

La noche comienza a dibujar sombras en la pared. Primero descubro la figura de un oso, después la de un lagarto, de una rosa, hasta que distingo el contorno de los árboles de la placita Niños Héroes a donde había regresado esa tarde.

Al salir de la delegación, decidí ir. No había vuelto desde aquella vez, seis meses atrás. Cómo pasa el tiempo y cómo cambian los paisajes. Caminé la plaza tres veces. La recorrí hasta que los pájaros dejaron de cantar y la cebolla empezó a acitronarse en los puestos de comida.

Escogí una banca para descansar un rato. El viento comenzó a arrullarme. A veces me parece absurdo ese miedo que la gente le tiene al viento. En un día pesado,

de esos sin demasiado qué hacer y, por lo mismo, muy largo, hasta sirve de consuelo.

Permanecí ahí hasta que me dio hambre. Eran las siete y los pájaros ya buscaban migajas de comida sobre la banqueta. Me acerqué a uno de los puestos. Cuando iba a ordenar, la oscuridad nos cayó encima. El sol todavía estaba en lo alto pero todo a mi alrededor era negro. Un rayo partió el cielo e iluminó a un hombre que se encontraba a lo lejos. Parecía llover sobre él. No necesité esforzarme para saber que era Octavio. Su figura alargada brotaba de las siluetas apenas insinuadas de la plaza. Tenía tanto de no verlo de cerca. De lejos, sí. Algunas veces lo veo desde mi ventana.

Quise correr a saludarlo, pero tropecé. La oscuridad era densa y apenas distinguía mis pasos. “¡Octavio!”, le grité. Pero mi grito se fundió con un sonido que emergió de entre los árboles. Al principio, me parecieron hojas desprendiéndose. Después las hojas pasaron muy cerca de la luz que iluminaba a Octavio y pude ver a miles de mariposas negras.

Caminé de prisa, las mariposas cambiaron de dirección, venían hacia mí. Alargué el brazo y, antes de poder tocarlas, desaparecieron. Octavio seguía a lo lejos, pero ya no estaba solo. Ella estaba junto a él y le tomaba la mano. Hubiera deseado que esa mujer fuera horrible. Octavio extendió su brazo y le acarició la mejilla. Ella le devolvió el gesto y deseé ser esa caricia. Volví a escuchar las palabras de Octavio. Palabras de amor dichas hace tiempo, palabras que sólo yo recordaba. Ahora él estaba con otra.

No me acerqué, pero escuché un grito a lo lejos. Era una voz ronca y reconocí en ella la voz de Fabián, mi

esposo. Fabián salió de la oscuridad y se acercó a Octavio que de nuevo estaba solo. Era como si la mujer que hacía tan poco estaba a su lado, nunca hubiera existido.

Fabián gritó algo pero el viento me hablaba al oído y no alcancé a escuchar lo que decía. Un hueco se abrió en la tierra y me vi en un café, doce meses atrás, con la mano de Octavio entre las mías y a mi marido observándonos desde el vitral. En esos momentos una desearía estar muerta y que los muertos se convirtieran en polvo.

La tierra se cerró de nuevo.

Mi vista regresó a la plaza. Fabián estaba frente a Octavio. Quise acercarme, pero no logré avanzar. Me les quedé mirando, de la misma forma en que el viento sólo puede ser espectador ante el agua que se agita. Mi marido estiró el brazo y vi la pistola. Se escuchó un disparo. La camisa de Octavio se tiñó de rojo. Una sombra se acercó. Una sombra con mi complexión y estatura. “¿Qué hiciste?”, gritó. Cuando la voz llegó a la luz, pude verme en ella. Octavio yacía en el suelo. Le arrebaté la pistola a Fabián. “Corre”, ordené. Mi esposo titubeó. “Que corras”, repetí. Obedeció. Tomé un extremo de mi blusa y comencé a limpiar la pistola. La tallé con fuerza, por todas partes, hasta que llegué al gatillo.

Y se disparó.

Di un brinco y la pistola cayó al suelo. Levanté la mirada con el temor de que alguien hubiera escuchado y lo descubrí. En la banqueta, tirado, estaba mi esposo. La bala lo había alcanzado.

Mis ojos se alejan de la plaza y el recuerdo de mis muertos se convierte en la grieta del azulejo. Un rayo de

luna juega en la barra frente a mí. El celular suena y no lo contesto.

 Mi madre decía que los muertos vuelven, pero no lo hacen. Los muertos no vuelven, porque los muertos nunca se van.

Índice

I

Nacimiento (<i>El huevo</i>)	11
Érase que se era	15
El muñeco de peluche	17
Ataque	21
Distracción	23
Alicia y el piano	25

II

Muda de luz (<i>Oruga</i>)	27
Ventarrón	31
Encuentro	33
Suicidio	35
El arte de la transformación	37
Desconfianza	41
Entre sueños	43
Inicios	45
Paso doble	47
Terapia de pareja	49
Golpe bajo	51
Insoportable	53
Mi cereal preferido	55
Despertares	59
La mejor parte del día	61

III

Metamorfosis (<i>Crisálida</i>)	65
Dualidad	69
Reserva	75
Parámetros	77
Fundamentos	79
Una nube como tal	81

IV

Ciclos (<i>Mariposa</i>)	85
Infusiones	89
La ventana y la rosa	93
Para toda la vida	97
Contrastes	101
Mariposa negra	119

Mariposa negra
Alisma De León

Este libro se terminó de imprimir el
15 de septiembre de 2014,
se utilizó la fuente Bell MT.
Se empleó papel cultural.
Su tiraje fue de 500 ejemplares.

Mariposa negra es un conjunto de relatos que utiliza el realismo y la fantasía para decirnos que en ocasiones, el final de la vida no recae en la muerte, sino en todo acontecimiento que trunca y modifica la forma de ver y afrontar la propia existencia. Son historias de muerte, deseo, traición, dolor, violencia, pero también de esperanza y sonrisas. El libro nos revela a la niña que intenta explicarse lo que sucede a través de un equivocado cuento de hadas; a la que entiende que después de la muerte, las personas se transforman en nubes; a la mujer que ha vivido lo suficiente para saber que bien vale morir cuando se ha tenido un día perfecto. *Mariposa negra* presenta personajes en su punto de quiebre y muestra la capacidad del ser humano de romperse y reinventarse. Sus historias nos recuerdan que a pesar de nuestras circunstancias, la vida sigue.



Tamaulipas
GOBIERNO DEL ESTADO

CONACULTA



INSTITUTO TAMAUPIPECO
PARA LA CULTURA Y LAS ARTES



Tamaulipas
ESTADO FUERTE PARA TODOS